

El Pueblo Gitano en la Guerra Civil española (II)

Entre la indiferencia y el compromiso (1936-1939)

MANUEL MARTÍNEZ MARTÍNEZ

3. El posicionamiento del bando sublevado ante el Pueblo Gitano

3.1. La superioridad de la raza española

Existe entre muchos gitanos la creencia de que Franco fue benévolo con ellos¹. La razón se debe al supuesto rechazo que hizo en Hendaya a la petición de Hitler de enviar a los gitanos españoles a los campos de concentración nazis. Otros tienen la convicción de que, ya en la posguerra, el dictador se opuso a la idea de Carrero Blanco de enviarlos a una isla (Martín, 2009: p. 240), posiblemente Fernando Poo (Doncel, 2018: p. 151)². No existe prueba documental alguna que confirme ambas suposiciones; en cambio, sí es constatable cómo el franquismo man-

tuvo la secular criminalización del gitano, e incluso la agravó.

Aunque no se legislaron disposiciones específicas contra los gitanos, salvo los artículos insertos en el Reglamento de la Guardia Civil; los gitanos siguieron siendo víctimas de la ambigüedad y la arbitrariedad de la Ley de Vagos y Maleantes, que, heredada de la República, solo sufrió un retoque con la creación, en marzo de 1937, de un registro centralizado de individuos catalogados como delictivos, que acabó vinculando a los delincuentes con los que se consideraban rebeldes al régimen, de tal forma que, al combatir lo que se llamó «la degeneración de la raza española», se interpretó dicha ley como un instrumento para reprimir y excluir de la sociedad a todos aquellos que, según la clasificación racial y social de la época, estaban encasillados como sujetos potencialmente peligrosos,

entre los que se incluyó a los gitanos. De esta forma, la idea subyacente de la raza infecta que Carlos III pretendió eliminar en 1783 volvió a retomarse y a reforzarse mediante la identificación de los términos *delincuente* y *vagabundo*. Unas construcciones mentales que justificaban penas de presidio de entre seis y diez años.

No conocemos la empatía ni la opinión personal que el general Franco tuviera respecto a los gitanos. Desde luego, sí fue conocedor del tratamiento que Hitler les daba, tanto en Alemania como en los territorios ocupados por sus tropas. Un genocidio que desde 1937 se había intensificado y extendido sin rubor alguno, y del que los periódicos republicanos españoles se hicieron eco. En *El Liberal* del 31 de agosto de 1937, por ejemplo, se denunciaba la persecución nazi hacia los gitanos, a los que la prensa alemana acusaba de tener «demasiados hijos», una excusa suficiente para emprender «una esterilización en masa de los niños de los gitanos»³.

Incluso Unamuno se alineó con la tesis de pureza racial española hasta el punto de afirmar que la mezcla con sangre gitana suponía una de las causas de la degeneración de la raza

El credo racista alemán, por el que se establecían razas superiores e inferiores, estuvo planeando en el ideario del bando sublevado a lo largo de todo el desarrollo de la contienda. Tanto que a punto estuvo de concretarse sobre el papel en 1938, cuando, en Salamanca, la Falange Española Tradicionalista y de la JONS, a través de su Delegación Nacional de Justicia y Derecho, pretendió imponer su doctrina racista en el capítulo V del Anteproyecto de Código Penal de 1938, titulado: «Delitos contra la dignidad y el interés de la Patria», en cuyo artículo 133, apartado se-

gundo, se proponía, como acto contrario a la raza española, castigar con pena de presidio a quien contrajera «matrimonio con persona de raza inferior» (Martínez, 2018).

Miguel de Unamuno, un declarado antimilitarista con ideas contradictorias, adicto en un principio al bando de los rebeldes, se alineó con la tesis de pureza racial española hasta el punto de afirmar que la mezcla con sangre gitana suponía una de las causas de la degeneración de la raza. Una convicción que defendió en la entrevista ofrecida en enero de 1937 al escritor francés Jérôme Tharaud, y cuyos comentarios se incluyeron en un capítulo de su libro *Cruelle v Espagne*. En su disertación, Unamuno intentó explicar el cambio de rumbo que experimentó hacia el bando golpista, por «la salvajería inaudita de las hordas marxistas». Una barbarie de la que no responsabilizó a «los socialistas, ni los comunistas, ni los sindicalistas, ni los anarquistas; sino las bandas de malhechores, de degenerados, de escapados de presidio, de criminales natos, sin ninguna ideología». En su intento de aclarar este pensamiento, Unamuno señaló que España llevaba en su seno terribles instintos que estaban a punto de despertar y que, para evitarlo, el general Franco se había erigido en la tarea de «salvar a la civilización occidental cristiana y la independencia nacional», con el fin de «rehacer esta patria que se la está ensangrentando, vaciándola de su sangre, arruinándola, envenenándola y embruteciéndola» (Domínguez, 2017).

En este punto, Tharaud le preguntó si creía que la herencia bereber de los españoles había condicionado el radicalismo con que se empleaban los dos bandos en la guerra, a lo que Unamuno respondió que, en efecto, era posible, pero que había «otra sangre» que corría por las venas de los españoles y de la que no se hablaba, pero que para él era de una gran importancia de cara a la formación de la raza y de la mentalidad española. Esa sangre era la de los gitanos, de los que dijo que eran poseedores de «instintos primitivos, inhumanos, antisociales». Unas depravadas

condiciones que los abocaban a crear hasta en el más recóndito rincón de España, una «población errante, de herreros, de paragüeros, de mercaderes de caballos, de cesteros, de adivinatoras», que acabaría estableciendo «una herencia cruel [...] en nosotros»⁴.

Unamuno dijo de los gitanos que eran poseedores de «instintos primitivos, inhumanos, antisociales»

Volviendo a la propuesta falangista, en el anteproyecto de Código Penal de 1938, la preocupación por la limpieza de la herencia genética española se quiso incluir en el proyecto del ideario falangista del nuevo Estado nacional-católico, a través de la prohibición de los matrimonios interétnicos, al tiempo que se proscibía el uso de anticonceptivos. Dos medidas represivas que pretendieron favorecer la expansión de la más pura raza española, tanto en los territorios africanos bajo dominio español –Marruecos y Guinea Ecuatorial– como entre los grupos raciales judío y gitano que se habían incrustado en la sociedad española peninsular.

Con este proyecto proteccionista de la raza a través del fomento de matrimonios puros sin mezcla con razas inferiores, los falangistas creyeron que se podría asegurar la continuidad del linaje español; y, para poder consolidar este objetivo, se hacía preciso fomentar el aumento de la población y engrandecer así el poder de la patria. Un ideario fascista que no llegó a concretarse en el código penal, gracias al propio conservadurismo del que hizo gala el franquismo, y a que la jefatura militar de Burgos ya había comenzado a diseñar «la nueva raza española». Un proyecto para el que Franco contó con la colaboración del teniente coronel Antonio Vallejo-Nájera Lobón, un antiguo responsable de los servicios de medicina militar en África,

a quien se le encargó el desarrollo de un programa de «higiene y regeneración de la raza».

El doctor Nájera partió de dos premisas fundamentales: la de una España nacional-católica, por la que «sería anticristiano eliminar los genotipos deteriorados», y la de un país que era resultado de un amplio proceso de mestizaje. Dos presupuestos que lo alejaron del racismo ario basado en el criterio genetista. Así, sin desechar completamente la herencia racial, Nájera diseñó un proyecto basado en la selección conductista, para ser desarrollado a través de una política racial en la que, sin eliminar a los individuos inferiores y mediocres, se podría favorecer la tutela de aquellos niños y jóvenes que poseyeran dotes sobresalientes, para evitar, de esta forma, su atrofia intelectual (Diez, 2016).

La idea de la degeneración de la raza no era nada nuevo, puesto que persistían antiguas teorías raciales, como las del padre Manjón

La idea de la degeneración de la raza como consecuencia de la mezcla racial no era nada nuevo, puesto que, además de las reflexiones de Unamuno⁵, persistían antiguas teorías raciales, como las del padre Manjón cuya ideología experimentó una fuerte revitalización tras la guerra, a través de las escuelas del Ave María. En efecto, a comienzos de mayo de 1939, tomando como ejemplo *El defensor escolar: revista semanal de primera enseñanza*, se publicó un artículo que recogía el pensamiento de Manjón, en el que se planteaba la idea de que «un pueblo mal alimentado es siempre pobre», y de cómo los padres pertenecientes a «un pueblo o raza desde antiguo empobrecido» transmitían a sus hijos la miseria que había en su sangre.

Tras este razonamiento, Manjón se preguntaba: «¿Pueden los gitanos de pura raza

trabajar cavando con un picachón?». Su propia respuesta era categórica: «Creo que no; no solo les falta el uso, les faltan además la sangre, carecen de fuerzas y no pueden emplearlas». Como explicación a esta debilidad congénita, situó su origen en que «desde antiguo, sus progenitores comieron mal y disiparon la juventud en precoz lascivia»; motivo por el que concluía que estaban desposeídos de la «naturaleza robusta y vigorosa» necesaria para mover la espiocha. El gitano pertenecía, por tanto, a una raza «inerte de viga estrecha» que le había proporcionado una herencia «de extremidades largas y flaco cuerpo, a propósito para viajar a pie o sobre bestias», pero que les hacía ser «cañizos huecos y flojos: secos y rectos». Todo ello por llevar «en la sangre, el hambre y la miseria acumulada de cien generaciones»⁶.

El padre Manjón creía que los gitanos tenían un debilidad congénita, ya que «desde antiguo, sus progenitores comieron mal y disiparon la juventud en precoz lascivia» motivo robusta y vigorosa»

Andrés Manjón no solo se había mostrado partidario de la asociación entre conducta y características físicas, a causa de la herencia genética, también radicó en los genes la predisposición a mentir, hasta llegar a asegurar que les era innata. Una idea que, por esas mismas fechas, el *Boletín de Educación de la provincia de Cáceres* no tuvo reparos en reproducir: «Es la raza gitana una raza eminentemente embustera y engañadora, hasta el punto de parecer en ella la mentira ingénita. Desde que nacen aprenden a mentir y hasta que mueren no cesan de engañar», lo que les hacía ser «una raza innoble, por la adúladora y mendaz, y ninguna confianza inspiran ni sus palabras ni hechos». Se retomó así el viejo recurso del *gitano político*, por cuanto, en lugar

de seriedad, el gitano poseía «el pensamiento fijo de engañar para fines utilitarios: que son en esto muy políticos los gitanos»⁷.

Al igual que sucedía en la zona republicana, existió en la de Burgos una identificación plena entre la enfermedad contagiosa y el gitano. Una convicción que, como vimos, venía de antiguo, y que se tradujo en la creación de un cordón sanitario que pretendió aislar a la comunidad gitana, sobre todo con ocasión de las campañas de vacunación, en las que se obligaba a «vacunar y revacunar a los gitanos, quincalleros, mendigos y gente trashumante que se encuentre en cada municipio»⁸. Un recordatorio que, incluso antes de finalizar la guerra⁹, se reproduciría año tras año, por el que gobernadores civiles como el de Granada prohibían «la entrada y la circulación en las poblaciones, de gitanos, nómadas pordioseros, etc. que no vayan vacunados» (Martínez, 2020).

3.2. La represión cotidiana contra la comunidad gitana

Como hemos tratado anteriormente, la Ley de Vagos y Maleantes de la República fue mantenida por el bando sublevado tras su victoria en los campos de batalla. Solo cambiaron unos cuantos matices, especialmente el referido al artículo 20, por el que las fichas y expedientes personales de los detenidos debían ser remitidos al Registro Centralizado de Vagos y Maleantes¹⁰. Una medida que pretendió ajustarse a las normas del Registro Central de Penados y Rebeldes, pero que acabó desvirtuando su propia naturaleza, hasta que, en noviembre de 1945, se volvió a reorganizar conforme al reglamento republicano de 1935 (García, 2018: p. 136)¹¹.

Para el gitano nada cambió, siguió poseyendo la misma doble sombra que lo perseguía desde hacía siglos: la que le proporcionaba la luz natural y la invisible de la sospecha, que, aferrada continuamente a su ser, le hacía objeto de un permanente recelo allá donde se cometiera un delito. Su mera presencia despertaba la suspicacia de una guardia civil,

que, desde hacía casi un siglo, se encargaba de controlarlo, vigilarlo y reprimirlo¹².

La comunidad gitana hubo de adaptarse a los nuevos tiempos y exteriorizar su adhesión al nuevo régimen en actos públicos, ya fueran de tipo religioso o político. En Granada, por ejemplo, con ocasión de la fiesta de las espigas de junio de 1938, organizada por la Sección Adoradora Nocturna de Granada para bendecir los campos, se celebraba una vigilia en la abadía del Sacromonte, lugar al que se llegaba atravesando el barrio de los gitanos, quienes decoraron sus cuevas «con arcos de follaje» y las fachadas «con mantoncillos de talle, colchas y adornos de papel»; un decorado que suponía una manifestación pública de lealtad a la *cruzada* nacional-católica¹³. También, con ocasión de la toma e incorporación de Barcelona «a la España de Franco», los gitanos que habitaban los Barrios Bajos de la ciudad de Zamora dieron igual muestra de «emoción, júbilo y entusiasmo» a la hora de celebrar el triunfo militar, para lo que improvisaron una manifestación en la que enarbolaron banderas, cantaron himnos y prorrumpieron en «incesantes aclamaciones al caudillo»¹⁴.

La Ley de Vagos y Maleantes de la República fue mantenida por el bando sublevado tras su victoria en los campos de batalla. Solo cambiaron unos cuantos matices

Como complemento a la escasez de datos sobre la situación de los gitanos en la zona ocupada por el ejército sublevado, tomamos los testimonios recogidos por Eusebio Rodríguez y María Dolores Fernández, que, a pesar de restringirse a un área determinada –el sureste peninsular andaluz–, son lo suficientemente significativos para hacernos una idea de esa cotidianidad, a veces tan esclarecedora como la vivida por María Moreno Rodríguez,

en cuanto a las ocupaciones de sus padres, sus sacrificios por sacar adelante a sus hijos y el hambre que hubieron de pasar. Todo ello oculto por la prensa franquista, empeñada en destacar la *normalidad* que imperaba en los territorios bajo su control. En cambio, sí visibilizó interesadamente noticias que hablaban de la asistencia de gitanos viejos a las ferias de ganado, «por estar la mayor parte de los jóvenes en sus filas». Una manera de transmitir la idea de que el Pueblo Gitano estaba con el bando sublevado¹⁵. Sin embargo, este aparente orden y compromiso no era real, la guerra había roto el ciclo vital de la vida gitana, y había incrementado la condición de subalternidad que poseían antes de la contienda.

La guerra civil rompió el ciclo vital y el devenir de la vida gitana. Se incrementó su condición de marginados

La arbitrariedad, la brutalidad y la ausencia de cualquier tipo de sensibilidad ante la precaria situación de la población gitana también han sido relatadas por una gitana de Caniles llamada María, quien hubo de presenciar cómo a su padre «lo sacaban de la casa y le pegaban», y de cómo metieron a sus padres en la cárcel, debiéndose quedar a cargo de sus «hermanos más chiquiticos», sin luz ni agua, pero también sin paz, pues «venían los de las boinas *colorás* y nos levantaban y nos pegaban» (Rodríguez, 2009: p. 132).

Palizas, hambre, enfermedad, cárcel, miedo, terror, indefensión, desapariciones... Una larga retahíla de penurias entre las que el relato de María, lejos de suponer un hecho aislado, constituye uno más entre otros muchos, cada uno con su particular grado de maltrato y violencia. En el caso de Juan Heredia Rodríguez, refiere cómo «durante la guerra, una cosa muy mala, nos tiraban de muerte a los calés». Entre los guardias civiles

más crueles de Diezma, muchos testimonios señalan a un cabo, del que Juan dijo que, en cuanto se enteraba de que «estábamos en los ríos o en las Albuñuelas [...], venía y nos arrancaba las muelas con unos alicates. Nos las arrancaba nada más por hacer daño, nada más por hacer malas obras, y no podías decir nada, no podías ni rechistar». Cuenta también que, teniendo solo 14 años, lo obligaron a «pelar a todas las gitanas», porque «si no lo hacía, me pegaban a mí también. Yo no quería pelarlas, pero los payos cogieron una vara y me dijeron *como no las peles tú, te mato*. Todo eso lo hacían por hacernos daño y por hacernos sufrir».

**Las penurias y abusos
a los gitanos y gitanas
que cuentan los testimonios
de la época no fueron
un hecho aislado**

Tirar de una patada la olla donde se estaba haciendo la comida del día era de lo más habitual, a lo que se sumaba también el sadismo y el ánimo de humillar de algunos civiles con el único propósito de divertirse a costa de ellos: «Un día fui a por membrillos, era al mes de la Pascua, estábamos yo y mi primo», descubiertos, les dijeron que se presentaran en el cuartel. Una vez allí, le preguntaron: «¿Tú tienes una vara aquí?», al responder que sí, le ordenaron: «Entonces cógela y pégale», a lo que respondió: «Yo no pego, porque a mí no me ha hecho nada». Y entonces, «la Guardia Civil se lio a palos conmigo y también con el Chavo, y después me dijeron que me iban a echar a un pozo»¹⁶.

3.3. El gitano en la propaganda y en las campañas de desprestigio del enemigo leal a la República

Como ya hicieran los medios de propaganda republicanos con el propósito de despresti-

giar al enemigo, los sublevados emplearon la misma estrategia de asociar la mala fama de los gitanos con el bando contrario. De esta forma, ya en noviembre del 36, el *Diario de Córdoba* comparaba las filas republicanas con un aduar de gitanos: «Las filas rojas semejan un campamento de gitanos, donde las milicianas causan más bajas que los nacionales»¹⁷. También se ridiculizaron los esfuerzos del Gobierno republicano en su búsqueda de apoyo exterior, presentándolos como un ejercicio de mendicidad más propio de gitanos, ya que, decían, iban «llamando a todas las puertas, y tienden la mano pidiendo, por el amor de Lenin, un mendrugo de buenos efectos», y que solo recibían, en todas partes, «un gesto de asco o de desdén»¹⁸.

**Tal y como hicieron
los republicanos, los
sublevados también
asociaron la mala fama
de los gitanos con el
bando contrario**

Sin embargo, la presencia de gitanos entre las tropas franquistas atemperó de alguna forma la mala imagen que se tenía de ellos, convirtiendo, en un «milagro de la guerra», la confraternización que en ocasiones debieron observar con la Guardia Civil. De ello se regodeaba la prensa franquista el 7 de febrero de 1937, cuando, hablando de la tranquilidad que reinaba en Granada, se aseguraba que eran «amigos ya los gitanos y la Guardia Civil. Que ya es decir». Unas informaciones que recurrían al tópico del *güenismo* gitano y a su manido gracejo, convirtiéndolos en una caricatura que los presentaba como unos ingenuos simpáticos que movían al afecto piadoso y a la compasión. Un recurso del que el general Queipo de Llano echó mano en sus alocuciones radiofónicas. En una de ellas, recogida en el diario palentino *El Día* el 21 de diciembre de 1937, leyó una presunta

carta atribuida a un supuesto gitano cordobés llamado Manuel Reyes Heredia¹⁹, quien decía ser «gitano, pero de los *güenos*, de los que trabajan y no *afanan na a los payos*». El contenido resulta algo grotesco, comenzando con el mismo propósito que motivaba la carta, y que no era otro que felicitar al teniente coronel Castejón (Martínez, 2021: pp. 338-339).

En ocasiones se recurrió al tópico del *güenismo* gitano y a su manido gracejo, convirtiéndolos en una caricatura que los presentaba como unos ingenuos simpáticos

Leales o enemigos de la República, lo cierto es que la Guardia Civil de uno u otro bando siguió siendo temida por los gitanos²⁰. Una realidad que en ocasiones se destapaba de forma tan anecdótica como se hizo en *El Día de Palencia*, en donde se cuenta cómo, en el transcurso de un desfile celebrado en Madrid, el público que lo presenciaba estaba tan emocionado que se le saltaban las lágrimas al ver cómo «rompían marcha los niños del Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil», todo ellos «uniformados, con la pulcritud característica del cuerpo, serios y marciales [...], siguiendo el ritmo que marcaban cornetas y tambores». Un emotivo espectáculo que produjo entre los espectadores un intercambio de impresiones y exclamaciones como: «¡Qué monada de criaturas!», a lo que una gitana, descrita como «desgreñada y aceitosa», acabó por estallar y comentar: «Sí, señora, muy monos, ¡riquísimos!, ¡pero lo malo es que *cresen!*»²¹.

Y es que, como comentaba el articulista, imbuido en sus propios prejuicios hacia los gitanos: «Es tradicional, y gracias a Dios, legítimo, el temor de los gitanos como el de toda gente maleante, al benemérito cuerpo de la Guardia Civil»²². La ya ancestral equiparación

entre gitano y delincuente, independientemente de su afiliación política, se hallaba tan sólidamente incrustada en el imaginario colectivo, que se reproducía generación tras generación como algo natural, justificándose así la represión que ejercía esta institución militar-policial. El espejismo de una supuesta reconciliación se rompía cada vez que la guardia civil mantenía con rigor su vigilancia hacia los gitanos y actuaba contra ellos ante la más mínima sospecha, especialmente en el campo y en los pueblos de pequeño vecindario²³.

La ancestral equiparación entre gitano y delincuente se hallaba tan sólidamente incrustada en el imaginario colectivo, que se reproducía generación tras generación como algo natural

Además, los últimos meses de la guerra, como ya ocurriera en las guerras carlistas, fueron pródigos en reyertas e incidentes delictivos, de cuya autoría fueron acusados diversos gitanos y gitanas, a lo que también se unió la existencia de la guerrilla antifranquista, bandolerismo, según el discurso oficial. Todo ello tuvo eco en la prensa local y nacional, a veces con una fuerte carga de socarnería y cinismo que acababa enmascarando el drama de unas familias que a duras penas conseguían sobrevivir. Una de esas noticias, elevada a interés nacional, cuenta cómo, en junio de 1936, en las proximidades de Montamarta –Zamora–, a dos hijos de Antonio Jiménez, identificados como «faraónicos traficantes», poseedores de una vida nómada y sin domicilio fijo, les fue requerida por la guardia civil la guía de procedencia de «un pollino sin herrar y un burro viejo» que llevaban; solo pudieron manifestar que fueron comprados en una feria de ganado, lo que indujo a sospechar de inmediato y levantar un atestado para enviar a los dos hermanos ante

la autoridad, por dudar «que la adquisición de los dos jumentos les hubiese resultado demasiado barata»²⁴.

Durante los últimos meses de la guerra se sucedieron numerosas reyertas e incidentes delictivos, de cuya autoría fueron acusados gitanos y gitanas

Junto a las frecuentes informaciones tendenciosas y despreciativas que aparecían en prensa, también hubo hueco para noticias, que, engañosamente, denotaban una apariencia de igualdad social, y que en el fondo solo eran casos aislados y puntuales. Una de ellas, fechada en enero de 1939, se hacía eco del premio ofrecido, por la Delegación Provincial de Auxilio Social de Vizcaya a Ignacio Jiménez Jiménez, «de una caravana de gitanos», una canastilla ganada por haber nacido un hijo suyo el día de Navidad de 1938²⁵.

3.4. Las alternativas del gitano: combatir o paredón

En cada zona que iba quedando en poder del ejército sublevado, se instauraba el estado de guerra y la ley marcial para todos aquellos a los que se les consideraba desafectos al *alzamiento*, o que se resistieran de forma activa o pasiva a lo dispuesto por las nuevas autoridades. A los contraventores se les aplicaba el Código de Justicia Militar y se les imputaban cargos de rebelión militar –por acciones violentas–, auxilio a la rebelión –por complicidad–, e incitación a la rebelión –por manifestar su apoyo–.

En el bando de Franco se justificó la sublevación militar como un hecho necesario con el que establecer «el orden dentro de la República» y ejercer la justicia sin reparar en clases sociales, para eliminar la división existente «entre las élites del

poder y los que veían atropellados sus derechos»²⁶. Un sector en el que, sin embargo, no se hallaron los gitanos, considerados unos elementos extraños al cuerpo social español, a quienes se les debía aplicar mano dura, e, incluso, obligárseles a empuñar las armas. Una práctica que se describe en el documental *Yo me acuerdo...*, al narrarse el caso de un gitano al que, al ser capturado por unos guardas mientras cogía chopos para hacer canastas, se le dio la opción de alistarse en la legión o ser fusilado²⁷.

Muchos hombres gitanos huyeron, atemorizados, y se escondieron en lugares apartados, con la esperanza de que la confrontación acabara pronto

En principio, los gitanos fueron respetados como grupo social, pues la represión se ejerció solo sobre aquellos individuos que de alguna manera se hallaban comprometidos con las ideas anarquistas, socialistas o comunistas, de las que se creía que carecían los gitanos. Fuera o no una medida generalizada, lo cierto es que muchos hombres gitanos huyeron, atemorizados ante la represión indiscriminada que se desató desde el inicio de la guerra, para esconderse en lugares apartados, con la esperanza de que la confrontación acabara pronto. Sin embargo, en muchos casos, estas huidas fueron interpretadas como desertiones para pasarse al enemigo, lo que afectó seriamente a sus familiares más directos, pues fueron constantemente presionados y hasta vejados, para que revelaran el paradero de los huidos; e, incluso, fueron detenidos para forzar a los fugitivos a presentarse. Así ocurrió con Melchor, bisabuelo de Angustias Fernández, al que en el momento de detenerlo le dijeron: «Mira, Melchor, sabemos que tú no eres político, pero cogiéndote a ti después vendrán tus hijos» (Asociación Romi, 2010: p. 32).

De los soldados gitanos que lucharon en el ejército sublevado, pocos conocemos que destacaran de alguna forma²⁸. Uno de los que tenemos constancia fue el padre de Luisa Tirado Fajardo, quien recibió «cinco medallas del honor» durante el tiempo que sirvió en artillería bajo las órdenes del capitán Figueruelas y otros oficiales. Fue quizá en el frente del norte donde algunos gitanos, más bien por cuestiones religiosas que políticas, pudieron entrar voluntariamente a formar parte de los requetés. Uno de ellos, Domingo Zarraonaindía, hermano del mítico futbolista Telmo Zarra, fue herido de muerte en 1938 durante la batalla del Ebro²⁹. No fue el único en militar en estos tercios, sabemos también que en sus filas se hallaron varios que estuvieron bajo las órdenes del coronel Beorlegui, concretamente en la columna de dos mil hombres que tomaron Irún y San Sebastián en septiembre de 1936³⁰.

La mayor parte de los gitanos combatientes con el ejército sublevado lo fueron por su quinta, aunque fueron muchos los que, para evitar su alistamiento, se ocultaron. Uno de ellos fue Jesús Giménez Giménez, quien, acogido por su hermano y su cuñado en Zaragoza, al conocer un bando por el que se amenazaba con ser fusilado a quien escondiera un prófugo en su casa, decidió presentarse, pues no tenía dónde ir sin comprometer a sus familiares.

En muchos casos esas huídas fueron interpretadas como desertiones para pasarse al bando contrario, cosa que no era cierta

La ocultación de la procedencia étnica fue frecuente entre los gitanos que combatieron en uno u otro bando; y, como ocurría en la zona republicana, muchos desertaban o se les declaraba prófugos, cambiándose los apellidos para evitar su

captura. Un fenómeno que ha traído como consecuencia el que, hoy en día, algunos de sus descendientes se encuentren con el problema de no tener sus apellidos de forma correcta.

Durante la contienda, muchos gitanos ocultaron su procedencia étnica. Otros desertaron y fueron declarados prófugos

En la labor de retaguardia, el gitano, como también ocurría en el bando republicano, fue empleado en los ayuntamientos para realizar distintas funciones, incluso la de policía local o somatén (Asociación Romi, 2010: p. 104); pero también como un instrumento de entretenimiento para mantener la moral de la tropa. En Córdoba, por ejemplo, fueron habituales las actuaciones de artistas para homenajear a los soldados que se hallaban convalecientes de enfermedades y heridas. En una de ellas, celebrada en el Hogar del Herido a mediados de junio de 1938, participó desinteresadamente Pepe Reyes, Boba, con su cuadro flamenco, del que formaban parte los cantadores Emilio Reyes, Gitanito; José Gómez, Niño del Poli; Francisco Molina, Curruco; Emilia, Niña de Juan Antonio; y el Niño de Santa Marina. Junto a ellos también participaron: Antonio Moreno y su hermano Vicente Porras, Josefa Alfama, Encarnación Casana y la pareja Ortega Molina. Por último, como tocadores actuaron Rafael Montilla, Rafael Acosta y Juan Antonio. La noticia sobre el evento terminó felicitando a todos los gitanos: «¡Bien, por los calés!»³¹.

Conclusiones

Repasando la bibliografía sobre la guerra civil española, podemos comprobar que

este ha sido el tema que mayor repercusión ha tenido dentro de la historia de nuestro país; sin embargo, la aportación gitana está invisibilizada. Un hecho que no resulta aislado, ya que el resto de la historia gitana también lo está en la de España. Las causas de este vacío histórico son muy diversas, no hablamos solo del posible desprecio o desinterés de los investigadores para tratarla, sino también de lo que ha venido a denominarse represión silenciosa. Un fenómeno que se ha exteriorizado a través de la marginalidad y la exclusión del Pueblo Gitano, por la que el gitano tuvo que enfrentarse a una encrucijada: aceptar su aculturación y ser absorbido dentro de la forma de vida mayoritaria, o conservar su identidad a cambio de mantener esa marginalidad que los eclipsaba y los condenaba a una especie de muerte social. Un apartheid que fue alentado por el franquismo tras la guerra, pues se siguió diluyendo la identidad gitana ante el firme propósito del nuevo régimen de erradicar todo vestigio ideológico contrario al «espíritu nacional».

La participación gitana, en mayor o menor grado, en las revoluciones y guerras civiles, presenta un protagonismo que hasta ahora no se había tenido en cuenta. En algunos casos, de tal magnitud que demuestra cómo la historia de los gitanos españoles no constituye un aspecto independiente de la de España, pues contribuye a ella y la completa.

Durante la guerra civil española de 1936, la participación gitana, sobre todo en el bando sublevado, revistió un carácter mucho más forzado y coercitivo. En cambio, quizá debido a una mayor proximidad ideológica entre las ideas libertarias y al modo de vida gitano, se aprecia, salvo en los casos en los que fueron obligados a trabajar en colectividades campesinas, una mayor participación voluntaria, aunque

individual, tanto en milicias como en comités anarquistas, sobre todo en Cataluña. Un compromiso que en realidad fue más práctico que ideológico, ya que muchas veces se hizo para conseguir determinados beneficios, o, simplemente, para evitar males mayores; por lo que, salvo excepciones, este alineamiento no supuso realmente la adopción de una conciencia política dentro del contexto social español. Algo parecido podemos decir de la intervención gitana en agrupaciones falangistas y carlistas, aunque, en algunos casos, pudo deberse a cuestiones religiosas y tradicionalistas.

El papel de la comunidad gitana en la guerra civil española, así como sus circunstancias de vida, ha sido una cuestión largamente invisibilizada

En cuanto al gitano neutral, está comúnmente aceptado que la gran mayoría del Pueblo Gitano español vio el conflicto bélico como algo ajeno, propio de un enfrentamiento entre payos de bandos ideológicos opuestos. Una crisis de la que, no obstante, no salieron indemnes, pues sufrieron los daños que se derivaron de la guerra. Frente a esta indiferencia, es constatable una destacada implicación personal a través de activistas como Helios Gómez y Marianet, a los que hay que sumar un numeroso elenco de protagonistas que en un segundo plano también han dejado una huella: Oselito, Casilda, Ceferino Jiménez... Amén del numeroso contingente de soldados de reemplazo del que, por un bando u otro, una numerosa juventud gitana quedó atrapada en las trincheras.



Manuel Martínez Martínez pertenece Grupo Investigación SurClío de la Universidad de Almería

NOTAS

- 1.- Las manifestaciones de duelo tras la muerte de Francisco Franco son un buen ejemplo del respeto que buena parte de la comunidad gitana mostró hacia el dictador. Nada más conocerse su óbito, los vendedores ambulantes del rastro de Badajoz, «en su totalidad de raza gitana», procedieron a desmontar «a primeras horas de la mañana los puestos e instalaron un monumento funerario, en cuyo centro colocaron una gran fotografía del Caudillo y una corona formada con claveles rojos y amarillos». Su agradecimiento a Franco, según su manifestaciones a la prensa, se debía a que había «redimido a los gitanos españoles. Gracias a él, todos ganamos diariamente para el sustento de la familia y podemos dar una educación a nuestros hijos». En “Homenaje de los gitanos de Badajoz a Franco”, en *Diario de Burgos: de avisos y noticias*, n.º 26.129 (21/11/1975), p. 1.
- 2.- La idea de deportar a todos los gitanos a alguna de las colonias africanas ya circulaba muchos antes, incluso en ambientes de la Benemérita. La *Revista Técnica de la Guardia Civil* se hizo eco en diversas ocasiones de las propuestas de algunos de sus miembros en este sentido. En febrero de 1925, el cabo Julián Gómez Pedrera manifestaba abiertamente la posibilidad de adoptar, «como medida extrema», la deportación «a nuestros inexplorados territorios del Golfo de Guinea, que según nos explica el ilustradísimo, Teniente Coronel Sr. Trujillo, están faltos de brazos que pongan en actividad los veneros de riqueza que los mismos encierran» (Gómez, 1925: p. 42). Aún en 1929, el sargento Martín Soriano, ante las numerosas propuestas que recientemente se venían formulando, confesaba que entre todas ellas no sabía escoger entre: «¿El confinamiento? ¿La deportación? ¿El destierro? ¿La residenciación?» (Martín Soriano, 1929: p. 180).
- 3.- “¿Después de los judíos, los gitanos! La Alemania nazi encuentra un nuevo enemigo público para desahogo del sadismo de los jefes hitlerianos”, en *El Liberal*, n.º 11.585 (31/08/1937), p. 3.
- 4.- *Ibidem*.
- 5.- “Una guerra entre la civilización y la anarquía, dice Unamuno”, en *El Adelanto: Diario político de Salamanca*, n.º 16 044 (18/08/1936), p. 3.
- 6.- “El pensamiento del Ave María. ¿Debería educarse al hombre en el trabajo manual?”, en *El defensor escolar: revista semanal de primera enseñanza*, n.º 157 (06/05/1939), p. 1.
- 7.- MANJÓN, Andrés. “La sinceridad”, en *Boletín de Educación de la provincia de Cáceres*, n.º 6 (1939/05/1901), pp. 17-18.
- 8.- “Inspección provincial de Sanidad. Vacunación antivariólica. Circular”, en *Boletín Oficial de la Provincia de Palencia*, n.º 45 (16/04/1938), p. 2.
- 9.- “Gobierno Civil. Sanidad. Vacunación antivariólica”, en *Boletín Oficial de la Provincia de Palencia*, n.º 34 (20/03/1939), p. 2.
- 10.- Por disposición de la Junta Técnica del Estado, esta disposición entró en vigor el 26 de febrero de 1937.
- 11.- Criminólogos adeptos al franquismo como Valentín Guerra y el doctor Echaleco y Canino fueron fieles seguidores de las teorías nazis sobre criminología biológica y consideraron a los gitanos como ladrones naturales, una inclinación propia de su raza (Tur, 2020: p. 137).
- 12 Así ocurriría en Rezzo, cuya ermita fue saqueada por desconocidos. Si bien, iniciadas las diligencias, se sospechó de «dos familias de gitanos, compuestas de dos hombres, un chaval de unos once años y tres mujeres, dos de ellas jóvenes, con niños de pecho; y la otra, más anciana. Todos los cuales se hallaron en las proximidades del lugar, intentando vender una sogá de esparto y una llave de atornillar arados». La vestimenta de los dos hombres nos hace sospechar una relación con el ejército, pues uno llevaba «un mono caqui, y el chaval una guerrera de militar». En “Juzgados municipales.

- Reznos”, en *Boletín Oficial de la Provincia de Soria*, n.º 34 (10/02/1939), p. 8.
- 13.- “Extraordinaria solemnidad en la fiesta de las espigas. La bendición de los campos con Su Divina Majestad fue un acto de intensa emoción”, en *Hoja oficial del lunes*, n.º 50 (20/06/1938), p.4.
- 14.- “Durante toda la tarde de ayer, el pueblo de Zamora recorrió las calles, prorrumpiendo en la manifestación monstruo de las seis de la tarde. Nota simpática”, en *Heraldo de Zamora*, n.º 13.504 (02/01/1939), p. 2.
- 15.- “El mercado ganadero. Acusa un rápido resurgir de nuestra economía ante la política del caudillo en el campo”, en *La Falange: Diario de la tarde. Órgano en Extremadura de Falange Española de las J.O.N.S.*, n.º 196 (29/05/1938), p. 4.
- 16.- *Ibidem*, p. 135. El veterano de guerra Luis Martín también se hizo eco de las noticias que hablaban del maltrato que la guardia civil realizaba entre la comunidad gitana: «Tenían mucho miedo a la Guardia Civil, porque se decía que les pegaban en la espalda y en los pies» (Martín, 2009: p. 247).
- 17.- “Interesantes declaraciones de un guardia civil y tres soldados pasados a nuestras filas en el frente de Guadarrama”, en *Diario de Córdoba de comercio, industria, administración, noticias y avisos*, n.º 30.575 (04/11/ 1936), p. 1.
- 18.- “Gitanos de puerta en puerta”, en *Diario de Burgos: de avisos y noticias*, n.º 19.515 (19/11/1937), p.2.
- 19.- Es de destacar el interés de Queipo de Llano por los gitanos. En diciembre de 1937, próxima la Navidad, inauguraba en Triana junto al cardenal Segura «una barriada de casas baratas». Cuando iba a «tomar la palabra el párroco de Santa Ana, Queipo lo interrumpió gritando ¡vivan los curas gitanos!». En “¡Vivan los curas gitanos!”, en *El Luchador: diario republicano*, n.º 9.026 (21/12/1937), p. 1. A la finalización de la guerra, en mayo, la cofradía sevillana de los gitanos lo homenajeó en el teatro de San Fernando, coincidiendo con la reaparición de Pastora Imperio «después de haber sido liberada de la zona roja». En “Homenaje de la Cofradía de los Gitanos al general Queipo de Llano”, en *El Diario Palentino: defensor de los intereses de la capital y la provincia*, n.º 16 660 (10/05/1939), p. 4.
- 20.- Desde luego, este temor no estaba tan generalizado; Antonio Fernández Fernández, Tolín, y su padre, por ejemplo, no tuvieron reparo en presentarse voluntarios el 21 de julio ante el jefe de Falange de Huéscar y en el puesto de la Guardia Civil. Una aventura efímera, pues, nada ser ocupada esta población al mes siguiente por tropas republicanas, fueron encarcelados y permanecieron presos durante toda la guerra. En 1940, a Antonio, tras haber sido denunciado falsamente por un vecino, se le requirió presentarse ante un Tribunal Militar, pero ya era tarde, había puesto tierra por medio, y se le declaró en rebeldía en noviembre de ese año (Rodríguez, 2009: pp. 26-28).
- 21.- “Anecdotario”, en *El Día de Palencia: defensor de los intereses de Castilla*, n.º 14.506 (15/01/1937), p. 2.
- 22.- *Ibidem*.
- 23.- Como botón de muestra, podemos referir algunas actuaciones de la Benemérita, realizadas entre el 23 y 24 de octubre de 1937 en Nueva Puebla –Zamora–, por las que fueron detenidos «Joaquín García y Carmen Romero Jiménez, que conducían caballerías sin portar el correspondiente documento de haber sido adquiridas por ellos». En “Detenidos”, en *Heraldo de Zamora: Diario de la tarde. Defensor de los intereses morales y materiales de la provincia*, n.º 13.124 (23/10/1937), p. 2. En “Hurto de aves”, en *Diario de Córdoba de comercio, industria, administración, noticias y avisos*, n.º 30.873 (24/10/1937), p.1. En La Herrería, también fueron presos en marzo de 1938, por números de Fuente Palmera, José Cabrera Montoya y Juan Barragán Fajardo, como «presuntos autores del hurto de dos cerdos de la finca Santa Ana del término de Posadas», a quienes se les halló en posesión de «un kilogramo de carne de cerdo, cuya legítima procedencia no pudieron identificar». En “Hurto de cerdos”, en *Diario de Córdoba de comercio, industria, administración, noticias y avisos*, n.º 30.962 (24/03/1938), p. 1.
- 24.- “De los gitanos no me hables”, en *Heraldo de Zamora*, n.º 13.618 (15/06/1939), p. 2.

- 25.- "Auxilio Social regala canastillas a los nacidos en Navidad", en *Patria: diario de Falange Española Tradicionalista y de las JONS*, n.º 464 (10/01/1939), p. 8.
- 26.- *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*, Tetuán, 25 de julio de 1936. En RUIZ LALINDE, Pedro A. "El alzamiento: el bando de Franco". Dirección web <http://sauce.pntic.mec.es/~prul0001/Textos/Texto%20%20tema%20XIV.pdf>.
- 27.- FANDOS, J.M., ESTELLA, J. *Yo me acuerdo...*
- 28.- Algunos como Basilio Fernández Fernández, de quien sabemos que en 1931 pertenecía a la organización paramilitar, los Legionarios de España, es posible que ya se hallaran en el momento de la conflagración dentro de las filas del ejército sublevado (Buhigas, 2021: pp. 202-203).
- 29.- "Siete cosas que quizá no conozcas de Telmo Zarra", en *Sefutbol* (20/01/2015). Las bajas en uno y otro bando fueron importantes. Entre el largo listado de caídos se halló el campesino Francisco Cortés Jiménez, natural de Lucena y afiliado a la UGT, muerto en combate el 19 de septiembre de 1938 en Villa del Río –Córdoba–; otros, en cambio, los más, afortunadamente, pudieron contar esos malos momentos, y pudieron relatar los padecimientos sufridos, tal como el abuelo de Carmen Carrillo le contó, en su caso, de cómo «el hambre, la miseria y el pánico de ver cómo caían muertos sus compañeros, y cómo pasaban días y noches muertos de frío, sin comer, y comidos por los piojos» sin tener «ni agua para beber» (Asociación Romi, 2010: p. 50).
- 30.- Entre los gitanos que formaron parte de esa columna, estuvo el padre de Felipe Jiménez Amador, quien, como otros muchos, hubo de enlazar el servicio militar obligatorio de la República con su enrolamiento en el ejército sublevado. Entrevista realizada a Felipe Jiménez Amador el uno de julio de 2019 y testimonio suyo realizado en el documental *Memoria Gitana...* En julio de 1936, los carlistas navarros –requetés–, como ya hicieron en 1833, defendieron el modelo nacional de Dios, el rey y la tradición. Vieron el conflicto de 1936 como una guerra carlista más, manteniendo su propósito de restaurar la monarquía tradicional del orden feudal y reponer a la Iglesia en todos sus privilegios (Martínez, 2021: pp. 345-346).
- 31.- "Para los que luchan por una España imperial. El sábado se celebrará en el *Hogar del Herido* un formidable festival de arte flamenco". En *Azul: órgano de la Falange Española de las JONS*, n.º 551 (14/06/1938), p. 4.

JITANOS CON JOTA

por Antonio Torres Fernández



BOLETÍN DE PEDIDO

Envíenme ___ ejemplares del libro "**Jitanos con jota**", al precio de 9,50 € por cada ejemplar.

Nombre _____

Dirección _____ CP _____

Ciudad _____ Provincia _____

E-mail _____

Forma de pago

- Por giro postal n.º _____, impuesto el día _____
- Transferencia a la Cta. de Caixabank núm. ES82-2100-0546-0202-0009-4925

Remitir al Apartado de correos 202 • 08080 BARCELONA